

Carácter y Némesis

Juan Antonio Isla Estrada

Coincidimos en la pequeña sala que separa las cabinas de grabación y transmisión en una estación radiofónica local. Yo esperaba mi turno para hacer mi comentario semanal y entonces llegó Felipe Calderón Hinojosa acompañado de varios panistas locales encabezados por Eduardo Nava y Guillermo Herbert. Antes de entrar a la entrevista que le haría el comunicador Andrés Estévez tuve oportunidad de cruzar algunas palabras con quien había sido diputado federal, candidato perdedor del gobierno de Michoacán en 1995, dirigente nacional de su partido, Director de BANOBRAS y Secretario de Energía en el régimen foxista.

Eran los días en que Calderón buscaba la candidatura del PAN a la presidencia. Vestía una camisa color caqui de manga larga y un pantalón beige. De entrada me llamaron la atención la sencillez de su ropa, su estatura achaparrada, su saludo con un fuerte apretón de mano y el ligero estrabismo detrás de sus lentes. Luego de un breve silencio no se me ocurrió otra cosa que preguntarle si no le preocupaba el apoyo oficial que estaba recibiendo Santiago Creel Miranda. Su respuesta me dejó helado. Me clavó la mirada y no la desvió mientras decía: "Voy a vencer todas esas adversidades, voy a vencer al candidato oficial, voy a ser el candidato de Acción Nacional y voy a ser el Presidente de México". Me estremeció la tremenda convicción con la que lo expresó.

Pensé en esta anécdota cuando escuchaba su discurso en el Auditorio Nacional: "Estoy acostumbrado a vencer las adversidades...". El día 1º de diciembre había comenzado una jornada histórica desde el primer minuto del día. El primer gesto de un nuevo estilo que evidencia firmeza de carácter había sido la simbólica ceremonia en Los Pinos para despedir al viejo régimen e iniciar (con caras largas y acongojadas) la era del nuevo príncipe heredero. El segundo fue haber aparecido sorpresivamente en la tribuna del Palacio Legislativo, frente a legisladores, invitados y telespectadores en una toma de protesta aderezada por los empujones y un coro pueril de silbatos orquestado por legisladores del PRD. Tres minutos fueron suficientes para demostrar que el nuevo titular del ejecutivo federal (aunque haya entrado por la puerta de atrás lo cual no deja de ser simbólico) trae los pantalones puestos y que no piensa hacer con ellos ningún trueque con faldas de 'Cocé' Channel.

Los errores de sus adversarios y haber sabido aprovecharlos hacen ver al nuevo Presidente de México como un hombre de carácter. Gracias a las constantes equivocaciones del PRD, Calderón ha aparecido como un Presidente fuerte, capaz de enfrentar los peligros y de remontar los obstáculos, capaz de destruir los muros que su antecesor fue incapaz de derribar. Quedará presente entre la mayoría de los mexicanos la decisión y la fuerza que mostró al imponer sus condiciones (así hubiese sido auxiliado por el Estado Mayor Presidencial) en San Lázaro. Esas primeras señales lo proyectan como un presidente fuerte, que no se intimida, que no sucumbe ante el nerviosismo por la presión que sus adversarios han manejado con torpeza.

Ahora Calderón parece un Presidente con serenidad y carácter. Ésta última cualidad que no tuvo Vicente Fox, siempre titubeante y medroso, con ataduras inexplicables al mandil y a sus propios fantasmas. Ahora el mando parece unívoco e indivisible. Falta por ver si a eso se agrega una dosis de inteligencia, porque a partir del 2 de diciembre cada circunstancia merecerá una decisión de precisión quirúrgica. La firmeza no debe confundirse con intransigencia. La serenidad no debe confundirse con pasividad y reflejos tardíos. La dureza no debe ser represión.

Después de estas señales el PRD no podrá ver en Calderón a un presidente débil, timorato y pelele. Un gesto lo ha pintado: el temple que exhibió en la tribuna de San Lázaro en donde protestó sin texto alguno, con un titubeo apenas perceptible, ante la sorpresa de las mismas cámaras de SEPROPIE que tuvieron que girar a su izquierda para presentar a un Vicente Fox con la sonrisa fingida, apresurándose a poner la banda presidencial a su sucesor, hasta que a una mirada de Felipe Calderón, el diputado Zermeño se la arrebató al gigante que parecía enloquecido y que ya había tirado la franja tricolor mucho antes de esa insólita ceremonia.

Enfrente o detrás, como si se tratara de una sombra, de un perseguidor, de una Némesis, Andrés Manuel López Obrador se apresta a continuar la estrategia que ha decidido como forma alternativa de gobernar un país, sujeto a un sistema que le negó el mandato. La Némesis indica la justa fuerza compensadora de otra fuerza. Viene su nombre de la deidad griega que representa la justicia, castigo o venganza. En el diccionario italiano es un evento desafortunado al cual le seguirán sucesos que compensarán las pérdidas del primero. Puede considerarse más exactamente la diosa de la "redistribución" o del equilibrio. Su labor consistía en castigar a aquellos que cometían crímenes y quedaban impunes, o que tenían demasiada buena suerte; a la vez que recompensaba a aquellos que sufrían injustamente o tenían mala suerte.

'Némesis' es también una novela de Isaac Asimov que lleva el mismo título. En ella, Rotor, una de las colonias orbitales del siglo XXIII, rompe sus lazos con el sistema solar con la idea de crear su propia sociedad utópica en una estrella roja a dos años luz de la Tierra: Némesis. Los paralelismos se los dejamos a la imaginativa interpretación del lector.

El ejercicio simbólico del gobierno 'espejo' que deberá encargarse de denunciar los tropiezos del otro, debe significar la necesaria orientación del gobierno formal y no su sistemática resistencia. Deberá ser la oposición de la verdad contra la mentira, la confrontación de un modelo que privilegia a los que menos tienen contra otro que favorece el ámbito de los poderosos.

Si todo eso se da en condiciones de resistencia pacífica la estrategia de AMLO tendrá su razón de ser y su trascendencia política y democrática. Pero el desgaste será tremendo. El periplo del 'tsuru' por la república semejará el trayecto de la carroza juarista en permanente huída (y a la vez encuentro), en incansable moderación del otro, en la pretensión de encontrar el auténtico rumbo a un país que le negó la oportunidad de conducirlo desde el poder verdadero.

Mientras tanto, Felipe Calderón tiene ante sí la oportunidad de demostrar que tiene tamaños de estadista y la obligación de demostrar que no es más de lo mismo, que es leal a los principios de los que proviene y que no es un gobernante panista más que promete cambios y entrega inopia, que ofrece reformas y consigue resistencia, que asegura gobernabilidad y se le incendia el país en las manos. Esos son sus retos y para ello es el carácter, frente a la Némesis que a cada instante se lo estará recordando.